

**MUERTE**

**CARACOL**

*Por AVE AURA*

*Cuarta entrega de siete*

Casi sin sentirlo Carlos Sobera ha leído otro capítulo, el hambre lo obliga a cerrar ahora sí el libro, dobla la punta de una hoja para saber más tarde dónde recuperar la lectura.

Se prepara atún con mayonesa, se lo come con galletas, están húmedas, pero no le importa. Mientras mastica piensa en la comida que le preparaba su mamá, era una mujer generosa, disfrutaba al verlo comer, tanto que lo convirtió en un niño obeso.

En la primaria, le decían Bola de Manteca. Con la adolescencia, los kilos de más se fueron, pero las burlas que sufrió se quedaron en él.

Fue en un recreo en quinto grado. Estaba solo, como le gustaba, en una esquina, justo debajo de la campana, comiendo cacahuates, cuando se le acercó Mariano, un chamaco de sexto, que recordaba a un peleador de sumo —ojos rasgados y panza descomunal—, quien le dijo, fuerte para que todos oyeran:

—Tú no debes comer eso, Bola de Manteca, ya estás muy gordo —y le arrebató la bolsa de cacahuates; además, riéndose, vació el contenido en un bote de basura.

Carlos Sobera se acercó para observar sus cacahuates entre sándwiches a medio comer, servilletas y envases reventados de Boing. Cuando estaba por irse, su amigo Zetina lo increpó:

—¿Qué, vas a dejar esto así? ¿Vas a permitir que un pinche marrano más marrano que tú tire tu comida?

Y en un momento, Zetina ya había acordado hora y lugar para arreglar el asunto. El duelo quedó convenido para la hora de la salida, en la calle trasera.

Lo que restó de la mañana, Carlos Sobera estuvo pensando en

que nunca se había peleado, en que Mariano era más grande y pesado que él, en que realmente no quería arreglar nada. Pero su futuro estaba en juego. Si ganaba, en un buen rato nadie lo volvería a molestar; si perdía, tal vez las cosas seguirían como hasta ahora; pero si no se presentaba, no volvería a tener un minuto de paz durante su estancia en esa escuela.

Se corrió la voz, sería una pelea espectacular, dos pesos completos frente a frente. Iba a ser como asistir a las luchas en primera fila.

Nada más escuchó la campana que anunciaba la salida, Carlos Sobera guardó sus útiles y se dirigió al lugar acordado; parecía que iba rezando, varios lo siguieron en silencio.

Ya en el traspatio, Carlos Sobera le entregó su mochila en custodia a Zetina y se paró con las piernas ligeramente abiertas, la espalda derecha y dando la cara hacia el sur para ver entrar de frente a su contrincante. Le escurría el sudor y su respiración empezó a acelerarse.

Pasaron apenas unos minutos cuando apareció Mariano, su andar era vacilante, los otros niños lo animaban, tenían que jalarlo para que avanzara. En definitiva no era lo que Carlos Sobera esperaba, pero aun así permaneció desafiante, no le quitaba la vista de encima a su rival.

Pronto, a fuerza de empujones, Mariano estuvo a unos centímetros de su adversario, y fue el primero en soltar un golpe, pero flácido, inseguro, que apenas tocó la mejilla de Carlos Sobera, quien con todo el coraje contenido por las burlas de toda su vida y por la recarga emocional que le acababa de regalar la cobardía de Mariano, soltó un derechazo inclemente sobre ese rostro mofletado.

El muchacho lo recibió como quien recibe un saludo, pero

después vinieron las buenas tardes y la despedida. Mariano cayó al piso y todos, los que iban con él y los que iban con Carlos Sobera, aplaudieron, gritaron, intentaron levantar el puño del ganador. Pero él se soltó para sentarse sobre Mariano y seguir golpeándolo con una furia que nadie hubiera imaginado en él. No paró hasta que Zetina y dos chicos más pudieron separarlo.

Todos, excepto los tres que estaban conteniendo a Carlos Sobera, se fueron con Mariano, lo ayudaron a levantarse, lo sacudieron, le ofrecieron un pañuelo para que se limpiara.

Y fue cuando ocurrió: Carlos Sobera vio cómo emergía una mueca de la boca hinchada de su enemigo hasta convertirse en una sonrisa franca. Así que de eso se trataba todo, pensó Carlos Sobera, del poder que te otorga ser el malo o de la atención que te da una derrota cruel, pero, sobre todo, se trataba de saber en qué lado te gusta estar.

Por la sonrisa de Mariano y por lo que sentía en su interior, Carlos Sobera supo que, ese día, en ese traspatio, había dos seres satisfechos.

Han pasado varios años desde eso, pero Carlos Sobera aún tiene la convicción de que a él no le gusta ser víctima bajo ninguna circunstancia. Ve la novela sobre la mesa y piensa que seguro a Bety tampoco le agradó.

Ahora, con el hambre ya saciada, decide que es hora de conocer a la reportera de las nalgas lindas. Abre el libro, busca la esquina doblada, aquí:

Cuando me lo dijo Halcón casi me atraganto, eso sí que hubiera sido triste, morirse con un trago del café más pinche que haya uno podido probar.

¿Alguno de ustedes sabe cómo hacer un buen café? Ni se molesten en decírmelo. Por más consejos que me dan, que una cucharada por taza, que una combinación exacta entre robusta y arábica, que en pocillo de peltre o con cafetera italiana, que el agua esté casi en ebullición, pero que nunca hierva; que me lo muelan como para expreso, que no sé qué diablos más; nada, nada más no se me da. Mi café es agüita caliente y pintada, pero eso sí, bien estimulante. Con el desayuno siempre tomo dos tazas, después del baño otra, y, antes de salir, la cuarta. Mínimo cuatro cada mañana y otras cuatro en la tarde.

Cuando el vicio domina, ya no te importa la calidad, aunque en algo sí me mantengo firme, al instantáneo no le hago. ¿Saben?, soy tradicionalista, me gusta lo bronco, lo natural, cigarros sin filtro, carne roja, sopa hirviendo, tequila derecho, salsa bien picosa.

El caso es que la noticia me cayó como máquina Remington en el dedo chiquito del pie. Desde las ocho había estado escuchando el *scanner*, para ver qué captaba, porque si me atengo a la información oficial, pues me aviento puro pasquín sin el menor interés o mejor pienso en dedicarme a otra cosa. Los *scanners* teóricamente están prohibidos, pero ellos mismos, los polis, te los venden y los programan para que captas sus frecuencias, ya saben cómo son las cosas.

Pues como les decía, desde temprano estuve escuchando el *scanner* y nada, que una carambola por allá, que un pleito de borrachos por acá, que una olla exprés olvidada en la estufa, para esto todo salpicado de claves: RP en K1 para R8. Los códigos también

te los venden y no queda otra que aprenderlos de memoria, porque si no, no entiendes una chingada. Pero esa mañana no había salido algo que valiera la pena reportear.

Del caso gordo, del que supe momentos después, no se dijo nada por el scanner. Es lógico, cuando las noticias son de tales dimensiones de plano las autoridades se atienen al teléfono para que los reporteros no nos enteremos. Quieren trabajar a gusto, sin arriesgarse a que seamos testigos de algo por lo que después tendrán que dar explicaciones. Saben que es lío mayor, que tendrá repercusiones y por eso son más prudentes.

Y a mí me conviene, así es como llegan las exclusivas, yo tengo mis contactos, que no siempre cooperan, pero si te mantienes firme -no crean que con chantajes-, con puras miradas directas, saludos de mano, con darles su lugar y tu tarjeta después, tal vez, con alguna salidita a tomar un café, con hacerles bulla por sus chistes, obtiene una lo que no se imaginan.

Es cuando la lucha de los sexos me hace justicia, para mí es más fácil relacionarme con mis fuentes que a cualquier compañero hombre, porque si ya de plano se me está dificultando, pues un escote es más eficaz que el tehuacanazo para sacar la información, neta. Y cuando la fuente es mujer, pues ni modo que ellos lleguen con falda escocesa y gaita ¿no?, pues ahí sí se chingan y si se quieren hacer los galanes lo más seguro es que los acaben acusando de acoso, y de la información privilegiada, pues nanay.

Entonces les cuento. Cuando pensaba que ya no iba a haber nota del día y estaba por irme a la redacción, a ver qué podía inventarme para sacar por lo menos un bomberazo, Halcón, uno de mis más fieles informantes, me llamó, me dio la dirección y sólo me dijo:

—Ya salió el bueno y es todo tuyo, sólo tuyo. Mejor vente sin comer. No te puedo decir más -yo supuse que se refería a muerto

añejo, porque he visto a policías o peritos, no se diga a colegas o curiosos, tener arcadas ante un cadáver en descomposición.

Y es que ese olor es cabrón. Es agrio, vivo. Es algo ajeno, extraño, pero que uno sabe propio. Raro porque viene de la muerte, pero tiene vida y además se lo quiere cargar a uno; es asfixiante, irrespirable, su fetidez se alarga, aprieta el cuello, hace pinza en la nariz, aprieta la panza y, sin que te des cuenta, ya estás boqueando, con espasmos en el estómago y con los chilaquiles a medio digerir en la boca. Además, es un hedor que se queda, no es suficiente cambiarse la ropa, bañarse; pasan días, estás ante un semáforo, cenando en un restaurante, sentado en un cine y el tufo renace, llega de quién sabe dónde y penetra y sacude y derrota.

Hay olores que llevan consigo recuerdos, nomás te llega un aromita y ya tienes toda la imagen, ya saben, la loción de tu primer chavo o el huevo frito que te hacía tu abuelita. Pero el olor a muerto te trae de regreso todo lo que uno quiere olvidar, no es sólo el tufo a carne podrida, un bistec agusanado no provoca esto. El hedor del que les hablo es nuestra esencia, no porque nos recuerde que sólo estamos de paso en este mundo, sino porque nos habla de lo que ya somos y habíamos logrado olvidar. Es un choque intenso, un momento de lucidez que hace una chispa en la cabeza y que mejor se vomita para sacarlo porque muerde, de verdad, muerde. Alguien que ha experimentado ese olor jamás lo olvida.

Pues, como les decía, dejé el café a la mitad. Tenía tiempo de no llevarme la de ocho, y ustedes saben que la competencia en el negocio es feroz, si dentro del mismo periódico, entre compañeros, también hay rapiña. El Jefe Martínez, mi editor, me trae entre ceja y ceja, y miren que es cejón el desgraciado, que ésta no es chamba para una mujer, que mejor me vaya a Sociales o a Especta-culos, ya sabrán; pero ahora tenía la oportunidad de embarrarle en el trasero todos sus sarcasmos, aunque no me hacía demasiadas ilusiones, tal vez sería la

primera de prensa, pero la televisión tiene sus medios, dinero llega primero.

También Joaquín, mi chavo, me había estado insistiendo en que dejara el periódico, en que pusieramos un negocio entre los dos, pero a mí, la neta, no me latió. La adrenalina que me da salir en busca de la noticia me hace sentir viva y eso ningún negocio, por próspero que sea, me lo va a dar.

Tomé mis cosas: libreta, pluma, grabadora, cámara, desde que recortaron presupuesto no tengo fotógrafo asignado. Estaba casi estrenando una pequeña cámara digital, la verdad todavía extrañaba la réflex, pero el área de fotografía del periódico se había modernizado y no me quedó de otra que guardar a mi compañera de años en el clóset. Mi gafete de prensa mejor lo guardé, a veces, es mejor pasar inadvertida.

Salí y paré un taxi, la calle a la que iba era estrecha, de ésas del centro, así que le pedí al chofer que me dejara en el cruce de Héroes y Progreso. Ya en el lugar me fui caminando a paso rápido, iba buscando el movimiento típico de estos casos: patrullas, ambulancias, retenes, pero, o me habían chamaqueado y no había nota, o ya se había acabado todo. El lugar estaba en perfecta calma, más bien, en perfecta cotidianeidad porque el día que haya calma en esta pinche ciudad es porque ya nos cayó la bomba atómica.

A lo largo de la calle había algunos coches estacionados del lado derecho, un lanchón apenas permitía el paso de los automóviles que circulaban. Unos niños correteaban en la banqueta a un perro deslavado. En la esquina estaba una cafetería, de esos híbridos en donde sirven tacos al pastor, chow mein, bísquets, y los comensales se sientan junto a la ventana; uno de ellos, gordo, me siguió con la mirada; cachetes inflados, movimientos aletargados, ojos saltones; me recordó a un pez globo en su pecera.

Decidí buscar la dirección exacta que me había dado Halcón, a ver si de veras había algo. Busqué un número para empezar a orientarme: 18, era una tienda de uniformes, futa, iba al 82, unas tres cuadras mínimo. Después 46, ¿dónde quedaron el 20, 22, 24 y todos los demás números pares que hay entre el 18 y el 46? Pero bueno, si seguía así el asunto, tendría que caminar menos. El siguiente era 116: una casa tapiada. Seguí caminando, el 2bis, antes 78, era una papelería. ¿Y si era para el otro lado? Entré, una anciana, sentada entre torres de monografías, cartulinas y hojas, bordaba unas nochebuenas, si pretendía que fueran arte moderno podrían enmarcarse, pero, como supongo que quería una servilleta navideña, su trabajo era realmente lamentable. Le pregunté por el número.

—¿De antes o de ahora? —dijo, mientras sus ojitos de pulga brincaban de la miopía al astigmatismo de sus anteojos bifocales.

—De ahora... supongo —le conteste, intentando sostenerle la mirada sin hacer bizco.

—82, a cuadra y media, pero enfrente. Es un edificio de departamentos, puerta azul —dudé porque los pares estaban de este lado; además, ¿ustedes confiarían en las indicaciones de una vieja que trata de ensartar una aguja por la punta?

Decidí no hacerle caso y seguí caminando, busqué los números: 12, 64, 90, 81, ah caray, un non. En eso vi una patrulla estacionada, me acerqué y reconocí el número de matrícula de mi contacto. Estaba frente al número 82, era a cuadra y media de la papelería, en la acera de enfrente, puerta azul; la vieja tenía razón, pero cómo iba yo a saberlo.

En el asiento del conductor estaba Halcón, es un hombre pesado, lampiño, de manos grandes, brazos cortos, nada más alejado de

un halcón.

—Creí que ya no venías —guiñó un ojo—. Pásale antes de que lleguen los peritos. Es el departamento 5. No te tardes.

El compañero de Halcón estaba custodiando la entrada, me permitió el paso, pero tuve la sensación de que me miraba con sorna. Me di prisa. En ese momento lo único que me importaba era la exclusiva.

Subí los escalones a paso rápido, tres pisos, llegué jadeando. La puerta estaba entreabierta, me acercaba sigilosa cuando de otro departamento salió un lamento:

—No creo que quiera entrar ahí, es algo realmente... —la mujer no pudo acabar la frase, se cubrió la boca con la mano, sus sollozos le venían desde el estómago y le interrumpían las palabras...vi la puerta abierta y toqué... como nadie... entré para... ofrecía algo... me encontré con... Yo la vi, la vi entrar... con... con un... hombre; no lo puedo creer... usted, no... no debería...

Y como podrán ustedes imaginarse, la repulsión que vi en los ojos de esa mujer, lejos de desanimarme, incrementó mi curiosidad.

—Gracias, no se preocupe, estoy acostumbrada. Soy reportera, ¿podría hablar con usted después? —su respuesta fue un movimiento afirmativo de cabeza y un gemido inconcluso. Se quedó observándome y levantó el dedo para señalar mi frente, pero no pudo decir más. Yo preferí seguir con lo mío, el tiempo corría en mi contra. Abrí la puerta y lo que vi me demostró que estaba en un error, que no, que no estaba acostumbrada, jamás lo estaría ante algo similar.

Muchas veces he visto cuerpos mutilados, desmembrados, vísceras ennegrecidas y embarradas en las llantas de un automóvil, restos de una última cena revueltos con materia fecal e intestinos en

una carrocería; pero siempre estas imágenes son producto de un accidente, de un desafortunado cruce de casualidades, de negligencia, de destino; jamás había visto una escena de este tipo sabiendo que eso había sido obra humana, que unas manos, un cerebro, una conciencia similares a los míos habían sido capaces de hacer algo así.

Mi instinto periodístico me obligó a recuperarme. Saqué la cámara y empecé a hacer fotografías, tenía que conseguir datos, información, saber quién había visto qué, quién era la víctima, edad, ocupación, con quién vivía, de quién era esta casa, buscar a los familiares, la vecina era una pieza clave, ella podría ser la última que la vio viva y sobre todo sabía cómo era el asesino. Pero por ahora tenía que esperar a que la mujer se calmara un poco, primero le preguntaría a Halcón todo lo que sabía del asunto y ya después regresaría a hablar con ella.

Ésta era mi nota, había encontrado todo tal y como lo dejó la bestia. De hecho yo era una de las pocas personas que había entrado a ese lugar después de que él se marchó. Nadie podía contar esta historia como yo.

Cuando bajaba las escaleras me encontré con Pérez, Ordóñez y Fernández, tres peritos de la Procuraduría. Pérez pasó de largo, pero los otros dos me zanjaron el paso, se voltearon a ver entre sí y soltaron una carcajada:

—¿Cómo le haces, desgraciada?, ¿algún día nos vas a dejar llegar primero? No tocaste nada, ¿verdad?

No contesté, todas las respuestas eran obvias.

—Oye, ¿que está de primerísima?

—En las últimas, diría yo; después de esto, yo no sé qué más

pueda haber —y seguí mi camino.

Para llegar hasta la patrulla de mi contacto tuve que agacharme ante una línea de plástico amarillo recién colocada.

—Te debo una —le prometí a Halcón.

—Seguro.

Me refería a una corbata, un llavero, una pluma, pero no sé qué se imaginó él, que me mandó un beso.

Yo le mandé otro, se lo merecía el cabrón. Entonces, sonriendo, se señaló la frente y me preguntó:

—¿Y eso?

Me toqué por encima de las cejas y, cuando sentí algo duro, recordé que tenía el fleco prendido con pasadores a un tubo de plástico rosa. En las carreras y con la emoción, había olvidado quitármelo antes de salir de mi casa.